

Política exterior estadounidense en la configuración del nuevo orden mundial

ANGÉLICA ALBA CUELLAR

Las reflexiones sobre política internacional en momentos de cambio e incertidumbre parecen estar siempre conducidas por el debate sobre la existencia de un nuevo orden mundial. El proceso de reconfiguración del sistema internacional respecto al liderazgo estadounidense y a las nuevas realidades y desafíos, planteado desde el fin de la confrontación Este-Oeste y, luego de la Guerra del Golfo, llegó a un punto crucial con los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, que parecieron trastocar el incipiente orden en construcción, pero que, a la vez, impulsaron la consolidación de la hegemonía norteamericana.

Sin embargo, las transformaciones derivadas de otras rupturas cruciales, como la más reciente crisis económica mundial y el redireccionamiento de la política exterior norteamericana frente a los retos globales, hacen necesario abordar la realidad internacional y el rol que los Estados Unidos juega en este escenario cambiante desde una perspectiva más amplia.

El fin de la Guerra Fría dio inicio a un proceso de reconfiguración de un nuevo orden internacional de carácter multipolar en lo económico, conformado, junto con los Estados Unidos, por países como Japón y Alemania –o por la misma Unión Europea–, y fundamentado en el triunfo del capitalismo, en la expansión de los procesos de transnacionalización de las economías y en el surgimiento de nuevos actores dentro del sistema de comercio y de las finanzas mundiales. Pero en el aspecto militar y estratégico el mundo parecía estar orbitando alrededor de la superpotencia norteamericana, que quedó sola en lo más alto de la jerarquía global tras la implosión de la Unión Soviética. Frente a la desaparición de la “amenaza roja” y el denominado triunfo de la democracia liberal y del libre mercado, los desafíos parecían provenir difusamente del narcotráfico, de los nacionalismos extremos y de los fundamentalismos.

Ya afirmaba Zbigniew Brzezinski que:

la última década del siglo xx ha sido testigo de un desplazamiento tectónico en los asuntos mundiales. Por primera vez en la historia, una potencia no euroasiática ha surgido no sólo como árbitro clave de las relaciones de poder euroasiáticas sino también como la suprema potencia mundial. La derrota y el colapso de la Unión Soviética fueron el último escalón de la rápida ascensión de una potencia del continente americano, los Estados Unidos, como la única e, indudablemente, como la primera potencia realmente global (1998).

Sin embargo, ese orden en construcción se vio perturbado por un acontecimiento de ruptura: los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001; en contra de los principales símbolos del poder “duro” norteamericano y del

El fin de la Guerra Fría dio inicio a un proceso de reconfiguración de un nuevo orden internacional de carácter multipolar en lo económico, conformado, junto con los Estados Unidos, por países como Japón y Alemania.

capitalismo mundial: las Torres Gemelas del World Trade Center. Un nuevo escenario mundial surgió de forma repentina y la profundización de la unipolaridad y la unilateralidad, como características del orden internacional, así como el predominio de los principios de autodefensa individual y colectiva, iban a ser sus improntas. A través de esta nueva dinámica, la administración de George W. Bush construyó un discurso que proyectó el *hard power* norteamericano a escala global, centrándolo, de manera esencial, en la noción de la dependencia de la seguridad mundial respecto a la seguridad interior estadounidense.

Este predominio se fundamentó, en primer momento, en un amplio consenso internacional alrededor del liderazgo de los Estados Unidos y de su lucha contra el terrorismo. Es importante señalar que hasta ese instante ante la ausencia de la Unión Soviética, Washington tenía serias dificultades en la manera de definir un enemigo claro y, por lo tanto, con respecto a su posición e intereses, comúnmente sujetos a la existencia de una dicotomía mundial. De acuerdo con Irving Kristol:

The U.S. Army, public domain.





U.S. Federal Government, public domain.

es muy difícil para una gran potencia mundial articular una política exterior en ausencia de un enemigo que merezca el nombre de tal. Son, después de todo, los enemigos los que ayudan a definir el interés nacional, cualquiera que sea la forma que dicha definición adopte (1993).

Luego del 11 de septiembre, pareció quedar claro quién sería ese nuevo enemigo. Sin caer en el reduccionismo del choque entre la civilización occidental y la islámica, planteado por Huntington, resultó evidente que el nuevo enemigo de los Estados Unidos era el terrorismo islámico, que tomaba forma en el rostro de Osama bin Laden y la red Al Qaeda. Casi todos los países del mundo, incluso estados “moderados” del Medio Oriente¹, manifestaron su apoyo a esta coalición internacional y, con este reconocimiento y apoyo inicial, los Estados Unidos sentaron las bases de su hegemonía extrema en los escenarios militar y estratégico.

Al definir, de manera tácita, al “nuevo enemigo del mundo democrático y civilizado”, la Doctrina Bush se abrió paso para reafirmar la posición esta-

¹ Es decir, aliados importantes de los Estados Unidos, como Egipto o Arabia Saudita.

dounidense en ese nuevo contexto. La lucha contra el terrorismo fue la misión que se arrogó el presidente para sí mismo y para la nación, determinando un nuevo elemento de polarización: se estaba “con nosotros o con los terroristas”. Sin embargo, este no fue el único factor que reforzaba la posición hegemónica y unilateral de los Estados Unidos en el sistema internacional. El unilateralismo estadounidense, que muchos restringieron a la cuestión de la lucha contra el terrorismo, ha ido más allá en el ámbito político; ejemplos claros que se materializan en su posición respecto a temas

Con los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, en contra de las Torres Gemelas del World Trade Center, un nuevo escenario mundial surgió, con la profundización de la unipolaridad y la unilateralidad como características del orden internacional.

como el Protocolo de Kioto o el Tribunal Penal Internacional, en los cuales se ha desestimado cualquier consideración e interés de tipo global. De manera paradójica, fue en ese contexto en el que, como “defensor de la democracia y de la civilización”, Estados Unidos no dudó en obviar tanto a las organizaciones internacionales como a la misma opinión pública mundial. La posición de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) se vio claramente reducida con las decisiones unilaterales e ilegales que, desde el punto de vista internacional, tomaron los Estados Unidos al emprender acciones como la invasión a Irak².

Sin embargo, esa hegemonía que parecía incontestable ha sufrido una serie de desafíos y reveses en los últimos años. Esto se debe, en primer lugar, al reforzamiento de la posición de otros actores estatales, cuya lista ahora encabeza China, como jugadores geoestratégicos que van más allá de su importancia económica en el orden multipolar. Junto a India, China es una potencia emergente que no sólo se instala en lo más alto de la jerarquía económica, sino que posee una influencia política creciente, sustentada en su poder nuclear.

► **Pág. 71 - Con la puesta en marcha de la guerra contra el terrorismo, las tropas norteamericanas fueron desplegadas en Afganistán e Irak.**

► **Izquierda - En el actual panorama mundial, la seguridad norteamericana parece ligada de manera directa con la seguridad internacional.**

² Resulta inevitable la referencia a la inexistencia de las armas de destrucción masiva que condujo el discurso de los Estados Unidos respecto a la necesidad de actuar en contra de Irak, en el marco de la guerra contra el terrorismo, y su prioridad de garantizar la seguridad energética.

Europa, por su parte, es todavía un actor esencial y un aliado fundamental para los Estados Unidos, a pesar de las divisiones patentes durante el gobierno de Bush entre quienes querían desarrollar una política exterior y de seguridad autónoma y los que perseguían una mayor participación estadounidense en ese ámbito, a través de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), primordial para los intereses de Washington.

Algunos autores han afirmado que Europa, subvalorada en ocasiones respecto a su potencial, puede convertirse en el referente esencial de lo que se denominaría un nuevo bipolarismo. Esto no significa que Europa desarrolle una unidad política o militar que pueda rivalizar con la de Estados Unidos, sino más bien denota que el mundo necesita una nueva comprensión de lo que es el poder. De este modo, la influencia predominante en esta época se lograría con más acierto mediante la diplomacia, la provisión de oportunidades económicas, los incentivos políticos y, en síntesis, el ejercicio del *soft power*.

Para los Estados Unidos, las relaciones con Rusia son complejas y ambivalentes, con elementos de competencia y discordia, así como una reiterada oposición de Moscú ante el unilateralismo norteamericano. Las ambiciones imperiales de Rusia no parecen haber terminado con la



Myles Cullen, U.S. Federal Government, public domain.

U.S. Federal Government, public domain.



caída de la URSS y el Kremlin parece haber retornado a la etapa de expansionismo, tratando de recapturar su estatus de potencia a expensas de los vecinos. Ya antes de la campaña de guerra global contra el terrorismo, Estados Unidos había instalado bases militares en varios países de la antigua Unión Soviética, como Uzbekistán, Tayikistán y Kirguistán, además de realizar convenios de cooperación militar con otros estados como Georgia y Azerbaiyán. Todo esto ante la atenta mirada de los rusos. Para algunos, resulta evidente hoy en día una intención de Rusia para retornar al escenario militar-estratégico mundial, aunque el estatus del país como potencia aún se considera un interrogante.

A las consideraciones anteriores, que dan cierta luz respecto a los desafíos que se plantean para la hegemonía estadounidense y que surgen de la proyección del poder de otros actores, se suman cuestiones como la pérdida de legitimidad de las acciones del *hegemón* en el escenario internacional, fundamentalmente a partir de las consecuencias de la guerra en Irak, que, sin duda, socavaron la validez del discurso norteamericano y de su comportamiento internacional. La forzada contextualización del ataque en el discurso de la guerra mundial contra el terrorismo, la precariedad de las pruebas que impulsaron las acciones en el terreno y, más tarde, los excesos de las fuerzas de ocupación, constituyeron factores que minaron la posición de los Estados Unidos como líder de una guerra con pretensiones globales. Estas dificultades comportaron una



Anton Denisov, www.revistaarmas.com

percepción negativa, no solo de Bush, sino de los Estados Unidos, por parte de la opinión pública nacional e internacional, a la que se unieron los discutibles resultados de la “cruzada” antiterrorista.

Sin embargo, lo que resultaría crucial en la redefinición de los temas privilegiados dentro de la agenda mundial y del mismo rol de los Estados Unidos, en un escenario de agotamiento del discurso de la guerra contra el terrorismo, es el desplazamiento de los temas duros de seguridad y defensa, derivados de una amenaza terrorista que ya no se percibía como descollante, por la creciente centralidad de las preocupaciones económicas y el advenimiento de una nueva crisis mundial. A pesar de que es generalmente aceptado que la amenaza terrorista no ha desaparecido, los nuevos desafíos globales parecen ir en otra dirección, así como el enfoque de la política exterior norteamericana. La dinámica de la nueva campaña electoral en los Estados Unidos en 2008 evidenció la pérdida de importancia de la lucha antiterrorista y la prioridad de los temas económicos entre el electorado. El posterior ascenso a la presidencia de Barack Obama ha significado, además, un viraje en la percepción de la opinión pública internacional respecto al tipo de liderazgo que él puede ejercer.

Resulta evidente, entonces, el redireccionamiento de la política exterior norteamericana y de sus prioridades en el ámbito global, aunque los temas internacionales hayan perdido peso entre los ciudadanos estadounidenses como consecuencia de las crecientes dificultades económicas domésticas. Parece claro que Obama acoge la idea de que es necesario combinar el *hard power* con el *soft power*, a fin

► Arriba - Aunque el ejército ruso es fuerte, con el fin de la Guerra Fría, la única superpotencia militar vigente es Estados Unidos.

► Pág. 74 - Pese al liderazgo mundial en los conflictos, el respeto a los derechos civiles durante las intervenciones norteamericanas está en entredicho.

► Pág. 75 - El ascenso económico y militar de China, en el ámbito global, le da un lugar privilegiado como potencia que discutirá la hegemonía estadounidense.

de lograr un nuevo liderazgo, más consensuado que impuesto y, por tanto, perdurable y sostenible. Aunque al menos en el terreno discursivo se haya hecho manifiesta la ruptura con el gobierno republicano de fuertes tintes neoconservadores de Bush, el mundo aún espera muestras claras de la recomposición de un liderazgo norteamericano que debe seguir enfrentando los problemas localizados en Irak y Afganistán, reactivar una economía duramente golpeada por la crisis, asumir una posición contundente frente a la ola de cambios que tienen lugar en los países árabes –una zona de importancia geopolítica y geoestratégica central para los intereses norteamericanos– y sortear los desafíos que impone un potencial nuevo equilibrio mundial, en el cual los Estados Unidos no estará solo en la cúspide del orden hegemónico.

ANGÉLICA ALBA CUELLAR es internacionalista de la Universidad del Rosario, Magíster en Análisis de Problemas Políticos, Económicos e Internacionales Contemporáneos del Instituto de Altos Estudios para el Desarrollo (IAED) en la Academia Diplomática San Carlos de la Universidad Externado de Colombia. Trabaja como docente e investigadora en el Programa de Relaciones Internacionales de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.

Referencias

- BRZEZINSKI, Zbigniew (1998). *El gran tablero mundial: La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Barcelona: Paidós.
- CARDONA, Diego. “El impacto de los acontecimientos del 11 de septiembre en el sistema internacional”. *Revista Desafíos* (núm. 4-5), pp. 7-37. Bogotá: Centro de Estudios Políticos e Internacionales (CEPI), Universidad del Rosario.
- DREZNER, Daniel (2007). “The New New World Order”. *Foreign Affairs*. Marzo/Abril 2007. Washington: Council on Foreign Relations.
- Kristol, Irving [http://www.google.com/search?hloes&lroes&lr=&saN&tbs=bks:1&q=inauthor:%22Irvn g+Kristol%22&ei=51F-Ta7hCMSctwfUsKS6BQ&ved=0CCoQ9Ag\(1993\)](http://www.google.com/search?hloes&lroes&lr=&saN&tbs=bks:1&q=inauthor:%22Irvn g+Kristol%22&ei=51F-Ta7hCMSctwfUsKS6BQ&ved=0CCoQ9Ag(1993)). “La definición de nuestro interés nacional”. En Owen Harries (Comp.) *El propósito de Estados Unidos de América: Nuevos enfoques de la política exterior de Estados Unidos*. Buenos Aires: Editorial Pleamar.